

# EL HOMBRE: CAMINO DE LA UNIVERSIDAD<sup>1</sup>

Hernán Salcedo Plazas

**Summary:** THE MAN ON THE PATH TO THE UNIVERSITY. The author argues about the sense of human life and death. In a free game of interlocutors, in which author and reader are deeply entrenched, the text stresses the radicality of the human relational dimension. Boy and adult, father, poet or friend, everyone escapes to the encounter with himself, in the scope of his mysterious privacy. It appears to be a question of destiny, the sense of freedom and pain, and the responsibility of evil and good. The university is the right place to search the truth, therefore the right way for encountering Christ: The Son, to whom all persons go, towards the heart of the father.

**Key words:** connection, freedom, human life, human person, paternity, right, university, well.

**Résumé:** L'HOMME SUR LE CHEMIN DE L'UNIVERSITÉ. Dans une articulation de styles qui vont du conte à la dissertation théologique, avec le dialogue philosophique comme le fil du discours, l'auteur soutient une réflexion sur le sens de la vie humaine et de la mort. Le texte, dans un libre jeu d'interlocuteurs où l'auteur et le lecteur restent profondément impliqués, met en relief la radicalisation de la dimension des relations de la personne humaine. L'enfant, l'adulte, père, poète ou ami n'échappent pas à la rencontre avec eux-mêmes, dans l'atmosphère de l'intimité mystérieuse; là apparaît la question sur le destin, sur le sens de la vie, sur le sens de la liberté et la douleur, sur la responsabilité devant le bien et le mal. Plus loin apparaît l'inquiétude de la vérité: la vie humaine se réalise à partir de la relation filiation-paternité. C'est pourquoi on parle de la vie personnelle. Si l'Université est le cadre et le chemin propre de la recherche de la vérité, l'Université est le cadre et le chemin de rencontre avec le Christ: le Fils en qui toute personne humaine se dirige vers le coeur du Père.

**Mots-clés:** bien, filiation, liberté, paternité, personne humaine, université, vérité, vie humaine.

---

1 Aquí sencillamente recojo una expresión del pensamiento de JUAN PABLO II.

Entonces iba dulce a su destino un río de Colombia amazónica. Mas, para el objeto de este relato<sup>2</sup>, pudo haber sido un río de la India o de Europa; de Inglaterra, de Francia, de Nueva Zelandia... o del desierto de la Candelaria, aunque no haya ríos en el desierto de la Candelaria. En cada sitio habría tenido un garbo diferente y el aire de la gente que habitase en las orillas de este río habría sido diferente también.

El aire es lo que distingue a una familia. Se dice «aire de familia», y nadie ajeno a la familia tiene este aire nunca, por íntimo y querido que sea.

Tres personas tenían el mismo aire que la niña Enriqueta en aquel jardín que acariciaba el río: sus hermanos Beatriz, Bogui y Victoria. Nunca habían salido del trópico a causa de la guerra..., de esta guerra..., de la guerra pasada..., de cualquier guerra..., no importa de qué guerra.

– Bea, ¿te gusta el latín? –dijo Enriqueta.

–No, no me gusta; pero si tengo que aprenderlo, más vale que lo aprenda pronto –dijo Beatriz. Y mirando a Enriqueta, continuó–: Tú, Queta, siempre tratas de detener la marcha de las cosas... y no puedes.

Enriqueta, allá en su fuero interno, pensó que sí podía.

---

2 Este relato está redactado queriendo sorprender al auditorio y descubrirle un panorama inesperado, en un acto académico universitario de apertura de curso, acerca del sentido de la vida, el amor a la verdad, el diálogo y otros temas. El relato original es de RUMER GODDEN, *The river*, 1946 (Versión castellana de León Felipe, Rialp, 1998).

–Estudia, Queta, estudia... –dijo Beatriz. Tienes que hacer la tarea de álgebra y de música... y tienes que aprender los versículos de la Biblia todavía. Date prisa, Queta, date prisa.

Enriqueta suspiró: latín, álgebra, música..., comer hígado, resistir una inyección..., ver un perro rabioso... ¿Cómo puede Bea soportar tranquilamente esto? Y suspiró de nuevo. Por ahora no podía aspirar a ser como Beatriz.

–Bogui..., ¿por qué es Beatriz tan diferente de mí?

–Siempre ha sido así –dijo Bogui.

–No..., está cambiando.

–Está creciendo –dijo Bogui. Todos tenemos que crecer, queramos o no.

A Enriqueta no le gustó el sonido de aquellas palabras, «queramos o no».

–Bueno..., bueno –suspiró otra vez.

Se miró los dedos morenos y pequeños... El dedo cordial tenía un callito al lado izquierdo... ¡de tanto escribir! Enriqueta era escritora.

–Voy a ser poeta cuando sea mayor –dijo. Y después de pensarlo bien añadió–: ¡Quiera que no...!

Llevaba su diario y tenía un cuaderno de poemas que escondía en un rincón detrás de la cocina. Era su Rincón Secreto, aunque no era

propiamente un rincón ni guardaba secretos; era sencillamente su lugar amado.

La mitad de Enriqueta quería seguir siendo niña y la otra mitad deseaba crecer. A menudo se preguntaba: «¿Qué voy a hacer cuando sea mayor? ¿Cómo será eso?». Y muchas veces decía a los demás:

–¿Qué vas a ser tú cuando crezcas?

–Voy a ser cruz de enfermera roja –dijo Victoria.

–Quiere decir una enfermera de la Cruz Roja –añadió Bogui.

«¿Qué seré yo?», pensó Enriqueta, fascinada. Le parecía que había infinitas posibilidades.

–Podría ser pintora –dijo. O doctora... ¡Qué admirable sería ser doctora para salvar la vida a los demás y sacrificar una su propia vida! –La perspectiva era subyugadora. ¡Sorprendente! –dijo Enriqueta. ¿No te gustaría eso, Bea?

–No– respondió Beatriz. Yo quiero mi vida para mí nada más.

Enriqueta era tan sincera que no pudo negar que ella sentía lo mismo, y se arrancó de raíz la idea de ser doctora. «¡Hay tanta gente mayor que no parece ser gran cosa!», dijo, y se puso a pensar en la gente que conocía. «No son nada importante», pensaba Enriqueta... y se preguntaba por qué. «Parece que eso no les preocupa. Pero yo quiero ser algo importante. Lo seré».

–Tal vez llegue a ser una gran concertista –dijo en voz alta. O una compositora famosa que escriba bellas partituras.

–Yo creía que ibas a ser poetisa –dijo Beatriz.

–Bueno... Poeta... ya soy –replicó Enriqueta.

–Serás... lo que eres. Tendrás que serlo –dijo Bogui. Al fin, cada uno es lo que tiene que ser.

Bogui amaba la naturaleza. Había descubierto un nido de cascabeles y jugaba con ellas. Enriqueta lo sabía y, contrariando las órdenes de su padre, no había dicho una palabra a nadie de los juegos de su hermano.

En las primeras horas de la tarde, todos descansaban en la casa. Era la hora de la siesta. Reposaban los criados; los pájaros callaban..., y, aletargadas, las lagartijas yacían inmóviles bajo el sol inclemente.

Sin embargo, cuando Enriqueta tenía algo perentorio que hacer no lo posponía. Dejaba su cuaderno, se escabullía, y nadie la echaba de menos. «Voy a descansar en el Recinto Secreto», le decía a su hermana. Beatriz sabía que no era cierto, pero aceptaba la mentira sin protesta. Entonces Enriqueta se escapaba, y casi siempre, al cruzar frente al cuarto abierto del padre, ya estaba vacío el catre de Bogui.

Era la hora suprema de las aventuras del muchacho. Cuando nadie lo veía y nadie se fijaba en él. El momento más solitario del jardín..., cuando los insectos y sus amigos, los reptiles, eran más accesibles. Enriqueta no recordaba una sola vez en que su hermano estuviese acostado a aquella hora.

Una tarde de febrero, la muchacha necesitaba hablar urgentemente con Bogui. Bajó a buscarlo y, ¡claro!, ya no estaba en el cuarto del padre. Salió a la galería, miró al jardín... Sus ojos no lo hallaron.

Todo el jardín estaba quieto. No veía a Bogui por ninguna parte. Enriqueta se desplo-

mó en la yerba. Tenía una sensación de vacío..., de un vacío completo. «Vacío», pensó rápidamente. Y bostezó otra vez. «Vacío».

De pronto, se sentó sobresaltada. «¡A que está esperando a que salga la cascabel!». Se puso en pie de un salto y caminó hasta el espacio desierto del árbol donde vivía la culebra. Los ojos de Enriqueta lo escudriñaron todo rápidamente. «Lo ha picado», pensó con desbocada claridad mental. «Salió..., salió a buscar la leche..., él la pinchó con la varita... y ella lo picó..., lo picó».

Se dobló y, cogiendo un pie de su hermano, le dio un tironcito. «Bogui», quiso decir. «Bogui, Bogui, Bo...».

No esperaba que Bogui respondiera... Bogui no se movió. No esperaba tampoco que se moviera. Bogui murió, y la tristeza, como el veneno de la serpiente, se difundió por toda la casa.

Victoria bajaba las escaleras. No vio a Enriqueta. Llevaba un manojo de juncos bajo el brazo y venía arrastrando una esterilla. Ya sabía Enriqueta lo que iba a hacer. Iba a construir una casa. Por entonces, Victoria era como un caracol; siempre tenía una casa prendida a ella, en alguna parte.

Victoria se construyó una casita diferente en la mesa de la galería. Decía que era una casa «pensada por ella». No había nada más que Victoria sentada sobre la mesa.

—¿Dónde están las paredes, el techo, las puertas? —le preguntó su hermana.

—Es una casa pensada —contestó la niña.

—¿Quieres decir que basta pensarla, y ya hay casa?

Victoria asintió con la cabeza.

—Pero ¿qué se puede hacer en esa casa? —le preguntó Enriqueta.

—Pensar —respondió Victoria seriamente.

La vida comenzó a echar brotes de nuevo. Por todas partes surgían, quisieran o no.

Volvió el padre a la fábrica y la madre abandonó su retiro. Enriqueta volvió a oírla dar las órdenes para la comida.

Volvieron las clases. Se regularizó la vida: las comidas, el sueño, levantarse, acostarse, bañarse y limpiarse los dientes, cepillarse y peinarse. Todo lo externo volvió a seguir su marcha. Y, para sorpresa de Enriqueta, también se reanudaron los problemas íntimos. Nada había cambiado. «Pero todo se ha encogido», pensó Enriqueta.

—Es horrible..., horrible..., cruel. Todo sigue... y sigue... Seguimos todos como si nada hubiese sucedido —dijo Enriqueta llorando.

La muchacha se sentó en el suelo y se limpió los ojos con el dorso de la mano. Se sentía acongojada y vacía. Y sentada allí le vino a la mente un maravilloso brote de vida. «No», se dijo, horripilada, la muchacha. «No. No. No puedo escribir esto. No. No. No debo. No», pensó, esforzándose por no escuchar sus voces interiores; pero su pensamiento la arrastró:

*Corre el río y rueda redondo el mundo.  
Alba y luz de lámpara... Medianoche... Mediodía.  
Sigue el sol al día... Noche... Estrellas y luna.  
Persigue el sol al día. Luego viene la noche...,  
las estrellas y la luna...  
... comienza el fin.*

Se levantó de un salto y se dirigió al Recinto Secreto. —Tengo que escribir un poema ahora mismo —dijo.

Pero al llegar a su escondite vio que su caja se hallaba abierta y que su cuaderno no estaba allí.

Bajó las escaleras como un alud y se encontró a Victoria en el prado leyendo su diario.

–¿Qué estás haciendo con mi cuaderno?  
–Enriqueta estaba encendida. No tienes derecho a leerlo –gritó lanzándose sobre Victoria, pero Victoria se escabulló.

–¿Por qué te enojas tanto? –preguntó Victoria sin darle importancia a su acción.

–Es un cuaderno personal –dijo Beatriz– Enriqueta tiene sobrada razón para enfadarse.

–Bea –le preguntó Enriqueta–, ¿eres feliz?

–Pues... todos lo somos –respondió Beatriz sin levantar los ojos.

Enriqueta sintió que no era prudente seguir; pero siguió. No podía remediarlo.

–¿Qué haces tú cuando te sientes desdichada?

–Pero... ¡Queta!... ¿Cuándo vas a dejar de preguntar?... ¿Qué quieres que haga?... No soy feliz... y eso es todo.

Enriqueta se quedó callada, pensando: «Bea se ha hecho grande». Luego dijo:

–¡Qué difícil y duro es ser una persona!... No sólo hay que seguir y seguir adelante. Además hay que ser... –se detuvo a buscar la palabra que necesitaba y, como no la encontró, dijo–: Hay que ser *grande*, también.

Sintió una agobiante soledad, y un viejo dolor inexplicable volvió a punzarle las entrañas. Se escondió en su Recinto Secreto. Se sentó otra vez en la caja de jabón y, abrazándose a sus

piernas, apoyó el mentón en las rodillas. «¿Es que siempre voy a estar sola?» Y la única respuesta parecía ser ésta: «Sí... tal vez sí».

Cogió el cuaderno... lo hojeó. Aquello que había escrito allí era incoherente e insípido. «¿Qué boba era yo cuando escribí esto!», pensó. «Tiene razón Victoria. Todo es pueril y simplón..., crudo..., nada está cocido..., los toques humorísticos no tienen gracia... y las partes hermosas son demasiado hermosas. ¡Odio mi obra!», pensó la muchacha.

*El día termina... Comienza el fin.*

Había dejado aquel poema sin terminar. Lo relejó... «Todo marcha y sigue; nada deja de correr. Pero yo puedo dejar de escribir». Y arrojó el libro, disgustada y ceñuda, en el fondo de la caja de jabón.

Aquella noche no durmió bien. Era una época en que no dormía bien. Soñaba frecuentemente con Bogui y con la cascabel.

Le llegó un olor peculiar. Conocía aquel olor: cloroformo... Lo había gustado cuando le quitaron las amígdalas. También la invadieron otros recuerdos de una conversación con su madre.

–Ya vais a ser unas mujercitas –les había dicho su madre.

Silencio.

Beatriz estaba rígida, hierática, lejana.

Enriqueta temblaba de ansiedad.

–¿Sabéis que son las mujeres las que traen los hijos a este mundo..., como ahora yo?

–Sí, madre –dijo Enriqueta. Y las dos niñas apartaron la mirada del vientre de su madre.

—Nosotras las mujeres tenemos que preparar nuestro cuerpo *como un templo* para este suceso milagroso...

Los recuerdos se interrumpieron por un sonido nuevo y desconocido para ella. Primero fue como el piar de un pajarito, como un gorjeo de gorrión...; luego creció... hasta que se rompió en un hipo seco..., una tos. Recordaba una pequeña máquina que comenzase a caminar... Creció después hasta hacerse grito... Al fin se convirtió claramente en llanto. Era el niño. Un niño de carne y hueso que lloraba.

Enriqueta esperó un rato. Al fin salió a la galería. Desde la galería contempló la noche. En el descansillo de la escalera estaba oscuro, pero ya en el tramo superior había luz... y también junto a la alcoba de su madre. Alcanzó el último peldaño y entró en la habitación.

Estaba en la cuna, y lo único que ella podía ver entre los pliegues abullonados del chal era la carita y una mano minúscula, con los deditos apretados.

Un plumón ralo y áureo le cubría la cabeza. «¡Qué manita!... los dedos..., y las uñas... ¡Qué maravilla! Y lo hizo mamá», pensó, «así, entero por dentro y por fuera». Éste era el gran milagro. «¿Cómo pudo mamá?... ¿Qué hizo?... ¡Cuántas cosas incomprensibles puede hacer la gente: echar a volar una cometa, echar a volar un poema, echar a andar un niño!... ¡Qué extraño poder! Y yo... también... un día... ¿un día?... ¡Ya he crecido!».

Una lancha que pasaba por el río ululó lúgubrementemente como un búho... y un verdadero búho respondió poco después.

—Tengo que irme —pensó.

—Está tan oscuro que se puede oír el río —dijo Enriqueta. Quería decir «tan tranquilo»,

pero «oscuro» estaba mejor. Y recordó estas palabras: «No podemos detener ni los días ni los ríos».

—«¿Cuándo las habría dicho?», se preguntó Enriqueta.

Se quedó pensativa y recordó los meses anteriores al nacimiento que acababa de suceder.

Era muy extraño, pues entonces no podía recordar el tiempo en que Victoria, allí junto a ellos, no existía..., el tiempo en que no había Victoria. «Y no había hueco para ella», pensó confundida. «No había un lugar vacío y, sin embargo, la acomodamos... Es curioso cómo las familias hallan siempre la manera de acomodar a los niños que llegan».

Ella volvía hacia la casa, y en el camino se había encontrado con Victoria meciendo su muñeca.

—Es bonito jugar con la muñeca —le había dicho Victoria cuando pasó a su lado. Nació otra vez ayer.

—Siempre la estás haciendo nacer —le había respondido Queta.

—¿Por qué no? Tú también puedes nacer cuando quieras, ¿no es verdad? —Le había preguntado Victoria.

Todo era un misterio. Cuando se ponía a pensar en las observaciones estúpidas de algunas personas, acababa por comprender que no eran tan estúpidas.

«No lo entiendo», se decía. Se le desbocó el pensamiento, como otras veces, de una manera incoercible, y no pudo detenerlo: «nacemos-y-nacemos-continuamente-con-cada-cosa-que-nos-sucede-con-cada-nuevo-episodio-no-entendiendo-con-cada-nuevo-acontecimiento-tal-vez».



con-cada-persona-que-encontramos-si-esa-persona-es-importante-para-nosotros-podemos-nacer-de-nuevo-o-morir-un-poco-también-hay-grandes-y-pequeñas-muertes-grandes-y-pequeños-nacimientos».

Entonces se fue al muelle y se sentó en el lugar acostumbrado.

Un aleteo y un zambullón en el agua la asustaron, y por poco cae en la corriente. Había saltado, voraz, un martín pescador, de la rama del árbol. Volvió en seguida a la rama con un pez que forcejeaba doblándose y sacudiéndose nerviosamente en el pico del pájaro. No quedaba rastro de la zambullida del pájaro. El río fluía inmutable donde había sucedido la tragedia.

Y meditando sobre aquello llegó a la conclusión de que la muerte era siempre igual. Cualquiera acontecimiento, la muerte de un pez, un naufragio, una tormenta, la salida del sol... son cosas que el río las engulle y las asimila...

—«No podemos detener los días ni los ríos», musitó nuevamente Enriqueta.

Un no sé qué rondó su corazón, la noche tendió su oído y ella oyó un murmullo casi imperceptible: —«Padre nuestro...», «Ave María...».

El río disminuyó su caudal en verano e inundó los jardines en invierno... Todo siguió su curso habitual. Entre tanto, Enriqueta se hizo grande. Un día tropezamos en el camino hacia el muelle y empezamos a hablar de cosas dispares. Queta, sin embargo, estaba distraída. Desde su última conversación con Bea, ahora una universitaria primeriza, la inquietud se había apoderado de todo su ser: ¿qué tenían que ver su vida, su mundo, sus anhelos de ser una gran escritora con ese mundo del que le hablaba Bea?

Bea nunca fue muy expresiva con ella. Así que se animó a confiarme sus preocupaciones. Mientras andábamos hacia el muelle, mis pensamientos afluyeron con fuerza:

*«La-Universidad-es-una-comunidad-de-amantes-de-la-sabiduría-es-decir-de-estudiantes-en-su-sentido-más-alto-y-tiene-por-misión-aportar-a-la-sociedad-en-que-vive-la-verdad-de-la-entera-realidad-expresada-históricamente-y-conocida-en-su-misterio-con-renovada-profundidad-tarea-inseparable-de-la-libertad-filial-que-impulsa-a-la-acción-que-precisa-el-debido-servicio-a-la-vocación-personal-familiar-y-social-de-todo-hombre-en-cada-circunstancia-inherente-a-su-vida-misión-que-en-cada-momento-se-concreta-encarna-y-da-sentido-trascendente-teologal-al-esfuerzo-y-al-fruto-del-quehacer-formativo-científico-y-creativo-del-Claustro-en-unidad-de-vida-buscada-incansablemente».*

Al llegar al lugar acostumbrado, el río azul remansó el torbellino de mis pensamientos, que se tornaron también azules como las aguas profundas y luminosas.

—¿En qué piensas? —preguntó Queta, al verme un tanto ensimismado.

—¿Adónde van los ríos? —le pregunté, en vez de responderle.

—A su destino. —Y mirándome a los ojos, continuó—: Cuando pienso en el destino, un viejo dolor, avivado por el recuerdo de Bogui, me punza las entrañas...

Enriqueta no pudo continuar. Comprendí que la verdad resulta difícil de buscar, y la experiencia del error invita a ser humildes y pacientes. Sólo aquel fuego manso y luminoso de la casa paterna, que comprende lo incomprendible y ahuyenta el miedo engañoso, orienta acertadamente la búsqueda.

—Queta, ¿sabes una cosa?...

—Sí, que siempre estaré sola.

La interrupción brusca de mi pregunta trajo a mi memoria las palabras de una vieja lectura:

De las cosas más importantes que se van preparando dentro de uno forman parte los encuentros aplazados. Puede tratarse tanto de lugares como de personas, tanto de cuadros como de libros [...]. Hay personas con quienes durante años nos hemos venido encontrando en un mismo camino, personas en quienes reflexionamos, parecidas a enigmas de los que hubiésemos recibido el encargo de descifrarlos, y no les dirigimos, sin embargo, una palabra, pasamos mudos a su lado, como mudas pasan ellas junto al nuestro, y nos miramos con una mirada que es una pregunta, y mantenemos bien cerrados los labios. Me imagino nuestra primera conversación, y me emociono al pensar las sorpresas maravillosas que viviríamos<sup>3</sup>.

—Queta, el destino es el corazón del Padre. Un corazón que es azul y rojo. Nada ni nadie que en él se abisme toca fondo ni vuelve a ser arrojado fuera. En el corazón del Padre descansamos y, ¡qué maravilla!, Él descansa en nosotros. Por eso somos buscados y buscamos.

—No entiendo —dijo Queta.

—Mira, cada uno de nosotros, como el río, busca el corazón del Padre. ¿No te parece asombroso? —No la dejé responder y continué—: ¿quieres sanar la punzada de tu costado?

—¡Qué gozo inmenso conseguiría, si fuera posible! —me dijo en voz baja y vibrante.

—Pues, busca. ¿No caes aún en la cuenta de lo que te quiero decir? ¿Recuerdas aquellas familias que gustan de conservar sus árboles genealógicos?... Todos deberían terminar, si entendieran lo que te digo, en «hijo del Padre».

3 ELIAS CANETTI, *DAS AUGENSPIEL*, München, 1985, CARL HANSER VERLAG (La versión castellana es libre).

Queta volvió a pensar: «Qué difícil y duro es ser una persona!... No sólo hay que seguir y seguir adelante. Además hay que ser... grande». Lo adiviné en sus ojos y le dije: —Hazte pequeña y acompáñame a decir mejor lo que acerca de la senda que ha de recorrer la universidad ronda desde hace años mi corazón y mi cabeza.

Queta se dispuso a escucharme atentamente. Yo se lo agradecí con la mirada y comencé:

«—Somos universitarios si amamos la verdad, aunque a veces resulte difícil de buscar y casi nunca la poseamos exhaustivamente. Pero, al mismo tiempo, no tienen razón los escépticos que ponen radicalmente en tela de juicio que podamos alcanzarla. Donde arraiga el escepticismo, quedamos a merced de las emociones y sin apoyo firme».

«Sin embargo, aunque experimentemos la dificultad de llegar a la verdad y a la certeza sobre muchas cosas, nos damos cuenta de que hay realidades y principios fundamentales, acerca de los cuales la certeza es plena y universal».

«Estas verdades son la condición del pensamiento, de la existencia y de la convivencia; nos permiten comunicarnos, investigar, reconocer nuestros errores, convivir y amar»<sup>4</sup>.

«Queta, si logro expresarme bien, las reflexiones que siguen quieren relacionar la misión de la universidad con el destino de cada hombre, entendido éste 'como aquel que busca la verdad'<sup>5</sup>, 'la apertura plena y global hacia la realidad entera, superando cualquier límite hasta llegar a Aquel que lo perfecciona todo'<sup>6</sup>».

4 Cfr. JUAN PABLO II, *Meditación mariana*, 13 de octubre de 1998.

5 JUAN PABLO II, Carta Enc. *Fides et ratio*, n. 28 (En adelante se citará *FR*).

6 *FR*, n. 97.



Queta no pudo permanecer callada. Hizo un esfuerzo y me interrumpió: –No olvides que se trata de un diálogo conmigo y con tus lectores...

Agradecí su consejo y continué:

–Queta la senda, el camino de la universidad, es apasionante. Creo que lo entenderán mejor si recordamos el día de la muerte de Bogui. Esa jornada triste, al salir en su búsqueda, no recorriste sólo los pasillos, las escaleras y los jardines de la casa, sino también un camino interior.

–Sí –dijo Queta. Yo no buscaba algo fuera de mí sino a través de mí. Me encontraba metida de lleno en la búsqueda, todo estaba en relación con ella. Cualquiera que me hubiese visto me habría reconocido en los gestos, en la mirada, en los movimientos. Había llegado el momento de la verdad, en el que las complicidades se vienen abajo y una luz nos traspasa. Uno quisiera huir, esconderse, pero no es posible.

«¿Cómo decirlo? Quizás el nacimiento de mi hermano nos dé luces. Al contemplar su rostro veo a mi papá en sus ojos, en su nariz, en algunos gestos; a mi mamá en sus labios, en el color de la piel, en otros gestos... Sí, eso es. No se trata de que mi hermano se parezca a mis papás, sino de que ellos están en él de una manera misteriosa y profunda. Aunque lo que me ocurría iba más allá de mis papás. Ciertamente temía que mi papá no comprendiese mi complicidad tácita con Bogui, pero no era únicamente él quien en lo más íntimo me buscaba, y también me esperaba».

–Queta interrumpió la conversación, distraída nuevamente con sus pensamientos: «¡Aquél que busca la verdad!... Me encantaría decirlo con mis palabras: el hombre es hijo. La verdad es filial, es como impersonar al padre...».

Esperé unos instantes, y comencé a leer pausadamente unos apuntes míos:

«–Soy hombre, soy quien soy, sí, y sólo si, buscar la verdad es intrínseco a mi ser. El quien, la busca y la verdad son radicales de cada persona concreta. ¿Cómo se convierten el quien, la busca y la verdad?, ¿la verdad buscada me trasciende?, ¿la verdad buscada es mi vivir culminante? Sin duda, son preguntas audaces. 'A la *parrhesía*<sup>7</sup> de la fe debe corresponder la audacia de la razón'<sup>8</sup>. Y añadió, la audacia del inteligir se abre a la adoración, 'la expresión más elevada de la persona humana'<sup>9</sup>, clamor incesante de ofrecimiento y de esperanzada aceptación personal: 'la razón es capaz de descubrir dónde está el final de su camino'<sup>10</sup> y adorar».

«La historia, la experiencia personal y, ante todo, la Revelación nos muestran que en esta búsqueda el hombre se expone al riesgo del fracaso<sup>11</sup> y no siempre asume una actitud adecuada<sup>12</sup>. Para un hombre de fe esta actitud tiene como punto de partida el conocimiento, no sólo de los límites de la razón sino de su debilidad infranatural redimida. 'la capacidad humana de conocer la verdad quedó ofuscada por la aversión hacia Aquel que es fuente y origen de la verdad'<sup>13</sup> y 'la venida de Cristo ha sido el acontecimiento de salvación que ha redimido a la razón de su debilidad'<sup>14</sup>. De otra parte, si en la búsqueda de la verdad la filosofía ocupa la cima del esfuerzo humano por encontrarla<sup>15</sup>, queda

7 La *parrhesía* es la libertad de espíritu propia de hombres libres. Por el pecado, nuestros primeros padres y sus descendientes –excepto la Virgen María– perdieron la *parrhesía*, es decir, sintieron vergüenza de sí mismos ante Dios. La *parrhesía* expresa entonces la inocencia reencontrada gracias a la Redención, y en ella se manifiestan la amistad y familiaridad del hombre con Dios.

8 FR, n. 48.

9 FR, n. 33, nota 28.

10 FR, n. 42.

11 Cfr. FR, n. 18.

12 Cfr. *Ibid.*

13 FR, n. 22.

14 *Ibid.*

15 Cfr. FR, por ejemplo, nn. 3 a 6 y 30.

sentado así que 'la relación del cristiano con la filosofía [...] requiere un discernimiento radical'<sup>16</sup>, en el que se evidencie 'la frontera entre la razón y la fe'<sup>17</sup>, a la vez que se aclare también 'el espacio en el cual ambas pueden encontrarse'<sup>18</sup>.

«Esto pertenece a la Teología de la Fe y lo sintetiza maravillosamente el Santo Padre con estas palabras: «El verdadero punto central, que desafía toda filosofía, es la muerte de Jesucristo en la cruz [...]. La filosofía, que por sí misma es capaz de reconocer el incesante trascender del hombre hacia la verdad, ayudada por la fe puede abrirse a acoger en la «locura» de la Cruz la auténtica crítica de los que creen poseer la verdad, aprisionándola entre los recovecos de su sistema. La relación entre fe y filosofía encuentra en la predicación de Cristo crucificado y resucitado el escollo contra el que puede naufragar, pero por encima del cual puede desembarcar en el océano sin límites de la verdad»<sup>19</sup>. La actitud que permite una máxima apertura a la verdad implica, por tanto, un ofrecimiento salvador por parte de Dios al hombre».

«La máxima apertura comprende además que 'el hombre no ha sido creado para vivir solo'<sup>20</sup>. Y esta compañía es radical; más aún, sin ella, el hombre no descubriría el final de su camino y se engañaría con el convencimiento de que es 'dueño absoluto de sí'<sup>21</sup>. Dios acompaña creacionalmente al hombre en lo más profundo de su ser en la búsqueda de la verdad: el intelecto humano es un intelecto intrínsecamente acompañado. 'El hombre bíblico ha descubierto que no puede comprenderse sino como "ser

en relación": consigo mismo, con el pueblo, con el mundo, con Dios'<sup>22</sup>. De esta afirmación del magisterio pontificio aquí es pertinente ahondar en la relación del hombre 'consigo' en el camino del encuentro con la verdad: *intra prospectum quendam singularis hominum conscientiae*<sup>23</sup>, dice la versión latina de la *Fides et ratio*, que prefiero a la versión castellana por su mayor precisión, y que podríamos traducir abreviadamente así: en la intimidad de la conciencia de cada hombre concreto. A mi juicio, que el hombre esté acompañado originariamente, es decir, por dotación natural<sup>24</sup>, equivale a ser creado a imagen de Dios<sup>25</sup>. Podríamos decir

22 FR, n. 21.

23 FR, n. 1.

24 Como la criatura no es su ser, en ella se distingue su acto de ser de su esencia. Cuando digo que la persona humana está acompañada originariamente, me refiero al orden creacional, no al sobrenatural. Además, ese acompañamiento se da tanto en el acto de ser como en la esencia. Aquí entrarían, por ejemplo, los hábitos innatos y el cuerpo viviente. Sería una tarea apasionante investigar esta temática, pero no es éste el momento de hacerlo.

25 Un breve resumen sobre la significación de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios es el que sigue, tomado de la Sagrada Biblia, Ediciones Universidad de Navarra, *Pentateuco*, págs. 49-50: «El que Dios cree al hombre a su imagen y semejanza 'significa no sólo racionalidad y libertad como propiedades constitutivas de la naturaleza humana, sino además, desde el principio, capacidad de una relación personal con Dios, como "yo" y "tú", y por consiguiente capacidad de alianza, que tendrá lugar con la comunicación salvífica de Dios al hombre' (Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, n. 34). A la luz de esta comunicación, realizada en plenitud por Jesucristo, los Santos Padres entendieron que en las palabras 'imagen y semejanza' se incluía, por un lado, la condición espiritual del hombre y, por otro, su participación en la naturaleza divina mediante la gracia santificante. La 'imagen' se conservó en el hombre tras la caída original; la 'semejanza', en cambio, perdida por el pecado, fue restaurada por la redención de Cristo [...]».

«El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios, no significa solamente que cada uno de ellos individualmente es imagen de Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como 'unidad de los dos' en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo, a reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina [...]. Esta 'unidad de los dos', que es signo de la comunión interpersonal, indica que en la creación del hombre se da también una cierta semejanza con la comunión divina (communio). Esta semejanza se da como cualidad del ser personal de ambos, del hombre y de la mujer, y al mismo tiempo como una llamada y tarea» (JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, n. 7). Las cursivas y las negrillas son nuestras.

16 FR, n. 23.

17 *Ibíd.*

18 *Ibíd.*

19 *Ibíd.*

20 FR, n. 31.

21 FR, n. 107.

que Dios *proporciona* esta compañía (el hombre es una imagen justa, bella) y así me capacita para conocer quién soy (quién soy sólo lo sabe plenamente el Padre y lo dice en el Hijo) y descubrir la apertura radical del ser personal a Dios, a los demás y al mundo. Existe otra dimensión del acompañamiento que es también creacional e intrínseca al ser personal y que equivaldría, en cierto sentido, a ser creado a semejanza de Dios. Me refiero al designio divino de que el hombre no esté solo, de que tenga una ayuda semejante a él<sup>26</sup>. De acuerdo con esta dimensión, el hombre, buscador de la verdad, es 'también *aquél que vive de creencias*'<sup>27</sup>. Aquí son pertinentes la capacidad de confiar en otras personas<sup>28</sup>, el diálogo y la amistad sincera, tan adecuados para el buen filosofar<sup>29</sup>, para 'recorrer juntos el camino hacia la verdad completa'<sup>30</sup> según 'las exigencias de toda la tradición filosófica'<sup>31</sup>. Diálogo y amistad abiertos a su vez a la amistad ofrecida por Dios en Cristo-Verdad, 'identificación viva y personal'<sup>32</sup> de la verdad plena, en quien todo hombre descubre el misterio de su propia vida y de la entera realidad<sup>33</sup>.

---

Por su interés para lo que aquí se está tratando, remito a dos textos de Juan Pablo II. El primero, tomado de la Audiencia general del 26-X-1983, resume magistralmente cómo el hombre, al aprehender la verdad con la injusticia, termina perdiendo el camino que de la experiencia del mundo creado debería haberlo conducido a Dios.

El segundo está tomado de la Audiencia general del 2-I-1980: «El hombre, al que Dios ha creado 'varón y mujer', lleva impresa en el cuerpo, 'desde el principio', la imagen divina; varón y mujer constituyen como dos diversos modos del humano 'ser cuerpo' en la unidad de esa imagen».

El acompañamiento intrínseco al que nos referimos abarca, por tanto, al hombre entero, espíritu y cuerpo viviente.

26 Cfr. la nota anterior.

27 FR, n. 31.

28 FR, n. 32.

29 FR, n. 33.

30 FR, n. 92.

31 FR, n. 97.

32 FR, n. 34.

33 Cfr. *Ibid.*, passim.

«La búsqueda de la verdad, si no quiere fracasar, exige además un método que garantice al hombre una orientación racional hacia la verdad<sup>34</sup>. No digo con esto que el método sea único sino que debe garantizar la apertura plena y global a la realidad entera, superando cualquier límite hasta llegar a Aquel que lo perfecciona todo<sup>35</sup>. Un síntoma inequívoco de desorientación es el encerramiento, el que la razón quede 'prisionera de sí misma'<sup>36</sup> conculcando la libertad con la consiguiente destrucción de la verdad. Como afirma lípidamente Juan Pablo II, 'verdad y libertad, o bien van juntas o juntas perecen miserablemente'»<sup>37</sup>.

—¡Prisionera de sí misma! Esto lo entiendo bien. En cambio, el método, como tú lo llamas, no acierto a descubrirlo —Exclamó Queta.

—Si tienes paciencia, te voy a proponer qué es lo propio de tal método y qué tiene que ver con la universidad:

«Ha de ser un camino intrínseco al ser personal, hasta el punto de que ser persona humana equivalga a buscar la Verdad última. Es decir que Dios ha creado al hombre como camino a través del cual se trasciende hacia la verdad suprema. El ser personal es, pues, una vía abierta al Origen. La búsqueda de la verdad avanza a través de distintas mediaciones hasta alcanzar la radicalidad personal que se abre al Mediador, Cristo Jesús, en la aceptación de Fe. Él es la *Palabra eterna*, en quien todo ha sido creado, y a la vez es la *Palabra encarnada*, que en toda su persona revela al Padre. Lo que la razón humana busca 'sin conocerlo' (Hch 17, 23), puede ser encontrado sólo por medio de Cristo: lo que

---

34 Cfr. FR, n. 49.

35 Cfr. FR, n. 97.

36 FR, n. 22.

37 FR, n. 90.

en Él se revela, en efecto, es la 'plena verdad' (cfr. Jn 1, 14-16) de todo ser que en Él y por Él ha sido creado y después encuentra en Él su plenitud (cfr. Col 1, 17)»<sup>38</sup>.

«Este ser camino, intrínseco a la persona humana, puede llamarse sabiduría creada, y su culminación es una persona humana concreta, María Santísima. Ella nos lleva a la Sabiduría increada, Cristo Jesús. Es significativo que la Encíclica *Fides et ratio* se inicie hablando del conocimiento de Dios, plena verdad de cada hombre, y de la entera realidad creada, y culmine refiriéndose a nuestra Madre, la Virgen María, Trono de la Sabiduría»<sup>39</sup>.

—Queta, ahora voy a enunciar lo que a mi juicio es la universidad. Por favor, ¡pon mucha atención!

«La universidad es, antes que nada, una comunidad de estudiantes en su más alto sentido<sup>40</sup>; esto es, de personas para quienes la razón de ser de su vida es el amor a la sabiduría, entendida como camino abierto al Origen. Por tanto, podemos afirmar que el camino de la universidad es el hombre, cada hombre concreto. No se trata simplemente de que quienes conforman el Alma Mater se apliquen al estudio sino de que recorran los caminos personales que confluyen en la vida universitaria: estudiar así es dialogar. No es universitario quien no vive en la verdad alcanzada, en cada momento, y la comparte con la humanidad entera».

«Del ser de la universidad brota su misión, su tarea: aportar a la sociedad en que vive la verdad de

la entera realidad, expresada históricamente<sup>41</sup>, y conocida en su misterio con renovada profundidad. Ser y misión son, además, inseparables de la libertad filial de quienes pertenecen a la universidad. Sin la libertad se paralizaría el actuar<sup>42</sup> que precisa el debido servicio a la vocación personal, familiar y social de todo hombre, en cada circunstancia inherente a su vida<sup>43</sup>. Y tampoco la misión se concretaría, encarnaría y daría sentido trascendente teologal, en cada momento, al esfuerzo y al fruto del quehacer formativo, científico y creativo del Claustro, en unidad de vida buscada incansablemente<sup>44</sup>. También, pues, en el cumplimiento de su misión, el hombre es el camino de la universidad».

—Esto que acabas de decir me trae a la memoria el consejo de Bea: «Estudia Queta, estudia...». ¡Cuánto me costó aceptarlo entonces!, pero ahora comienzo a entender la grandeza del estudio.

Asentí con una leve inclinación de cabeza, al tiempo que decía: —Pero aún no he terminado.

«Abordemos ahora brevemente las dimensiones de la búsqueda de la verdad relacionadas con su expresión. En concreto: la historia, el lenguaje y la cultura. Me limito a exponer lo central en este campo: la verdad trasciende la historia, el lenguaje y la cultura en los que se expresa humanamente<sup>45</sup>. O, dicho con otras pa-

38 FR, n. 34.

39 Aprendí del Beato Josemaría a llamarla *Thronum Glorae* y a recorrer el camino hacia Dios pasando por mi Madre Santa María, Trono de la Gloria, para alcanzar Misericordia. Por María a Jesús y, por Él, con Él y en Él, al Padre. Éste es el camino cristiano.

40 La incorporación a la comunidad universitaria se realiza por el estudio en su máxima altura. Aquí encontrarán siempre un punto de referencia y de examen quienes hacen parte de esta Alma Mater: no se es universitario ni se cumple la misión de la institución universitaria, sin un estudio serio que haga avanzar el conocimiento.

41 Entendida la historia como encuentro de Dios con el mundo hacia el cumplimiento de su designio paterno. El profesor Inciarte, si he comprendido su intuición, afirma que la realidad creada equivale al *ahora* de ese encuentro. A mí me gusta llamarlo *hoy*.

42 De acuerdo con las consideraciones que hemos hecho podríamos describir la acción como efusión oferente del conocer y el amar. En ella, la persona se hace don.

43 Al ser el hombre la cima de la creación, el servicio a su vocación abarca el perfeccionamiento del universo y su ofrecimiento al Creador.

44 No hubiese llegado a esta apretada síntesis sobre la institución universitaria sin la ayuda de los profesores del Instituto de Humanidades y Ciencias Básicas. Muchas gracias a cada uno de ellos.

45 Cfr. FR, por ejemplo, nn. 92-97.

labras, la verdad no se agota en la historia ni en el lenguaje ni en la cultura, si bien éstos la manifiestan y guardan la memoria de las verdades adquiridas por la humanidad con no poco esfuerzo: la búsqueda de la verdad requiere la incorporación de toda la riqueza de la tradición, para no caer en 'inútiles repeticiones de esquemas anticuados'»<sup>46</sup>.

«No es posible hacer en este momento otras consideraciones; sin embargo, digamos dos cosas más: que es preciso encontrar la relación de la verdad con el bien, con la belleza y con la vida<sup>47</sup>; y destacar la centralidad del trabajo en la vida humana, pues el hombre ha sido creado para trabajar<sup>48</sup> o, con palabras del *Catecismo* de la Iglesia Católica, 'para servir y amar a Dios y para ofrecerle toda la creación'<sup>49</sup>. El trabajo es la acción perfeccionante–oferente de la criatura, por la que rinde alabanza al Creador, dándose, sirviendo, devolviendo al Hacedor lo que ha recibido de Él gratuitamente<sup>50</sup>. Aquí el cuerpo humano es de una importancia no siempre bien comprendida»<sup>51</sup>.

«Vienen muy bien a este respecto unas palabras del Fundador del Opus Dei: 'Si el mundo –nos recuerda– ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y

semejanza y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe –aunque sea con un duro trabajo– desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum veritas (Ioh XIV, 6)*. Yo soy la verdad».

«El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle sino en la cumbre de la montaña, para que *vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo (Mt V, 16)*».

«Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar nuestro trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte»<sup>52</sup>.

«En estas palabras del Beato Josemaría luce, con especial transparencia, el entrelazamiento de la dinámica propia del obrar humano con la acción salvadora de Dios. Lo humano se ha hecho camino de lo divino y ha adquirido un valor inapreciable. Más aún, el Creador ha asumido la condición de criatura, elevándola a su más alta perfección».

46 Cfr. *FR*, n. 4 y 96.

47 Cfr., por ejemplo, *FR*, nn. 99 y 100-104.

48 El Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, lo comprendió con sin igual hondura. Citemos unas palabras suyas al respecto, entre muchas otras: «No hemos de olvidar que Dios creó al hombre *ut operaretur* (Gen II, 15), para que trabajara» (*Amigos de Dios*, n. 169).

49 CEC, n. 358.

50 El trabajo alcanza su profundidad mayor cuando se descubre su semejanza con el obrar divino, unidad viviente en la comunión trinitaria (Cfr., por ejemplo, *Mulieris dignitatem*, n. 7). El trabajo está en el centro de la entera creación y es la expresión de la dignidad natural del hombre que sirve y ama a Dios y le ofrece la creación trabajando. Entendido así, el trabajo es el actuar del hombre con el que responde al actuar divino que lo ha creado. Y su respuesta no es solitaria sino en comunión.

51 Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Oriente lumen*, n. 11.

52 JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 10.



–¡Muchas gracias! –me dijo Queta. Su rostro estaba radiante.

–Pero no des el asunto por acabado –Le dije. No te olvides de que la búsqueda de la verdad es interminable. Siempre descubrirás nuevas profundidades, te asombrarás al contemplar la realidad.

–Esto es ser persona, ¿verdad? –añadió, sonriendo.

–Sí, y más. Quizás te ayude a avanzar una experiencia del Beato que acabas de conocer. La narró en 1967, y es de una profundidad insospechada para lo que estamos tratando. Oigamos su relato:

A mis sesenta y cinco años, he hecho un descubrimiento maravilloso. Me encanta celebrar la Santa Misa, pero ayer me costó un trabajo tremendo. ¡Qué esfuerzo! Vi que la Misa es verdaderamente *Opus Dei*, trabajo, como fue un trabajo para Jesucristo su primera Misa: la Cruz. Vi que el oficio del sacerdote, la celebración de la Santa Misa, es un trabajo para confeccionar la Eucaristía; que se experimenta dolor, y alegría, y cansancio. Sentí en mi carne el agotamiento de un trabajo divino.

A Cristo también le costó esfuerzo. Su Humanidad Santísima se resistía a abrir los brazos en la Cruz, con gesto de Sacerdote eterno. A mí nunca me ha costado tanto la celebración del Santo Sacrificio como ese día, cuando sentí que también la Misa es *Opus Dei*. Me dio mucha alegría, pero me quedé hecho migas<sup>53</sup>.

–Y ¿de qué trabajo se trata?, podemos preguntarnos. Del trabajo redentor y consumidor de la obra creadora, por el que Cristo devuelve al Padre toda la creación llevándola a su plenitud. En este sentido son muy significativas las palabras de la liturgia eucarística sobre la ofrenda que se ha de transformar, por acción del Es-

píritu Santo, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo: «Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre (por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre), que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos...».

«Justamente a esta última consideración hace alusión Edith Stein, mártir recientemente canonizada en Roma, con unas hermosas palabras: ‘Los frutos de la tierra se han convertido en su carne y sangre, llenos de su vida. La creación visible, en la que entró ya por su encarnación, está ahora unida a Él de un modo nuevo, misterioso. Las sustancias que sirven para el mantenimiento del cuerpo humano se transforman radicalmente y por su recepción creyente se transforman también los hombres: incorporados a una unidad de vida con Cristo y llenos de su vida divina. La fuerza de la Palabra creadora de vida está vinculada al *sacrificio*. La Palabra se hizo carne para ofrecer la vida que recibió; para ofrecerse a sí mismo y a la creación redimida por su ofrenda como sacrificio de alabanza al Padre»<sup>54</sup>.

«El trabajo universitario alcanza, por la Encarnación del Verbo, una potencialidad eucarística<sup>55</sup> de primer orden: se une a la obra de Cristo, en la que resplandece el esplendor de la Verdad y es iluminada la creación entera. Entonces ya el hombre es no sólo el camino de la universidad sino el Hombre perfecto».

Se hizo un silencio denso y prolongado.

–¡Queta! –dije, por fin–, ¿recuerdas el cuento que no entendió Beatriz?

53 *Artículos del Postulador*, n. 385.

54 “La oración de la Iglesia”, en EDITH STEIN, *Escritos espirituales*, Madrid, 1998, BAC, p. 7.

55 Cfr. JUAN PABLO II, Carta Enc. *Oriente lumen*, n. 11.



—Sí. Yo había escrito mi primer libro, digamos el comienzo de mi primer libro, y durante unos días me sentí dichosa. Se lo enseñé a Beatriz, que no mostró muchas ganas de leerlo.

Recuerdo también que, a pesar de todo, Beatriz cogió de mala gana el manuscrito y empezó a leer con displicencia: «Y tuvieron cuatro hijos, cuatro hijos que se llamaban Aceituna, Verdellón, Esmeralda y Espinaca, todos verdes y frágiles como la yerba».

«—¡Qué extraños hijos!» —comentó Beatriz.

«—Es un libro de ranas» —le dije irascible.

«—Pues debías decirlo» —me respondió.

«—Se supone que el lector lo entenderá leyendo el libro».

«—Pues yo no lo entendí» —concluyó Beatriz...

Santa Fe de Bogotá, 14 de febrero de 1999. ■